



DAVID
GROSSMAN
LA VIDA ENTERA



Durante la Guerra de los Seis Días, Orah está con Avram e Ilian en un hospital de Jerusalén. En ese ambiente de aislamiento nace una amistad que dará lugar al matrimonio de Orah e Ilian y al nacimiento de Adam y Ofer. Ahora, Ofer, con 20 años, acepta participar en una operación militar especial. Orah acompaña a su hijo hasta el campamento y luego toma una decisión: mientras esté en combate cruzará a pie el territorio de Israel, pues mientras camine ningún soldado israelí se presentará en su casa para anunciarle la muerte de su hijo.

Para Michal
Para Jonathan y para Ruti
Para Uri, 1985-2006

¡Eh, tú, silencio!

¿Quién es?

¡Cállate de una vez, pesada! ¡Has despertado a todo el mundo!

Pero si la tenía agarrada.

¿A quién?

En la roca, estábamos sentadas juntas...

¿De qué roca hablas? Déjanos dormir.

Se me ha caído de repente.

Gritas, cantas.

Pero si estaba dormida.

¡Gritando!

Fue ella la que se soltó de mi mano, se cayó.

Basta, duerme de una vez.

Da la luz.

¿Te has vuelto loca?

Se me había olvidado...

Nos matarán si la encendemos.

Espera...

¿Qué?

¿Has dicho que yo estaba cantando?

Cantabas, gritabas, todo a la vez, pero ahora cállate.

¿Qué es lo que cantaba?

¿Que qué cantabas?

Dormida, ¿qué cantaba?

¡Qué sé yo lo que cantabas! Eran alaridos. Eso es lo que cantabas. Qué cantaba, qué cantaba...

Pero si has dicho que he estado cantando.

Es una canción sin... No lo sé, hala, venga, vamos a...

¿No te acuerdas de qué canción era?
Dime, ¿estás chiflada o qué? Si estoy medio muerto.
¿Pero quién eres?
Habitación tres.
¿Tú también estás en cuarentena?
Tengo que volver a mi habitación.
No te vayas... ¿Te has ido? Espera, eh, tú... Se ha ido...
¿Pero qué es lo que habré estado cantando?

A la noche siguiente él volvió a despertarla y de nuevo se enfadó porque cantaba a pleno pulmón y había despertado a todo el hospital; entonces ella le suplicó que intentara recordar si se trataba de la misma canción del día anterior. Estaba desesperada por saberlo, por el sueño que había tenido, un sueño que había vuelto a ella casi todas las noches durante esos años, un sueño completamente blanco, todo en él era blanco, las calles, las casas, los árboles, los gatos y los perros, lo mismo que la roca del extremo del acantilado. También Ada, su amiga pelirroja, era completamente blanca, sin una sola gota de sangre en el rostro ni en el cuerpo. Pero tampoco esta vez fue capaz él de recordar la canción que ella había estado cantando. Le temblaba todo el cuerpo y ella, allí en su cama, también tiritaba ante él. «Somos como dos castañuelas», dijo él, y ella, para su propio asombro, dejó escapar una fresca risotada que a él le hizo sentir una especie de cosquilleo por dentro. Había agotado todas sus fuerzas en el trayecto de su habitación hasta la de ella, treinta y cinco pasos, un paso y descanso, otro paso y descanso, apoyándose en la pared, en los marcos de las puertas, en los carros de la comida vacíos. Ahora se había dejado caer y yacía a la puerta de la habitación de ella sobre el pegajoso suelo de linóleo. Durante un buen rato ambos permanecieron jadeantes. Quería volver a hacerla reír, pero ya no podía ni hablar y después, según parecía, se había quedado dormido.

Dime...

¿Qué? ¿Quién es?

Soy yo.

Tú...

Dime, ¿estoy sola en la habitación?

¿Y cómo voy a saberlo yo?

No se ve nada. Eh, ¿hay alguien, ahí?

Soy yo, que estoy aquí.

No. ¿Hay alguien más?

Ya está, ya me he levantado.

¿Qué ha pasado?

Que me he caído.

¿Tanto tiemblas?

Tiemblo, sí.

¿Cuánta tienes?

Esta noche cuarenta.

Yo cuarenta y tres décimas.

Tengo que volver a la habitación.

Dime...

¿Qué?

¿Cuándo se muere uno?

Con cuarenta y dos.

Falta muy poco.

No, no, todavía te queda margen.

Está espantosamente cerca.

Por la mañana te encontrarás mejor.

No te vayas, tengo miedo.

¿Lo oyes?

¿Si oigo qué?

El silencio que hay de repente.

¿Ha habido algún bum antes?

Cañonazos.

He estado todo el rato dormida y de repente vuelve a ser de noche.

Aunque esté acostado, siento como si me cayera.

Cada vez que abro los ojos, es de noche.

Porque lo tienen todo cerrado y a oscuras.

Creo que ellos nos están venciendo.

¿Quiénes?

Los árabes.

¿Pero qué estás diciendo?

Han tomado Tel Aviv.

¿Qué...? ¿Quién te lo ha dicho?

No lo sé. Puede que lo haya oído.

Estarías soñando.

No, lo han dicho aquí mismo, alguien, antes, he oído voces.

Es por la fiebre, son pesadillas, yo también las tengo.

El sueño que he tenido.

Ahora tengo que volver.

Estaba con una amiga mía.

Suponiendo que me pueda levantar del suelo.

Es como una especie de abismo y en lo alto hay una roca.

A lo mejor tú lo sabes.

¿El qué?

De qué lado he venido.

No conozco este sitio.

¿Cuánto tiempo llevas?

No lo sé.

Yo cuatro días, puede que una semana.

Espera, ¿dónde está la enfermera?

Por la noche está en el departamento de medicina interna A.

¿Toda la noche?

A veces se pasa por aquí. Es una árabe.

¿Cómo lo sabes?

Se le nota al hablar.

Estás temblando.

La boca, toda la cara.

Dime, ¿dónde están los demás?

A nosotros no nos llevan al refugio.

¿Por qué?

Para que no los contagiemos.

¿Así que solo quedamos nosotros?

Y la enfermera.

Estaba pensando que...

¿Qué?

Que podías cantarme algo.

¿Ya estás otra vez con lo mismo?

Solo tararea algo.

Que te cante, que tararee, ¿te crees que soy un...?

Si fuera al revés, yo te cantarías algo.

Me voy.

No te vayas.

Tengo que volver.

¿Adónde?

¿Adónde? ¿Adónde? A reunirme con mis antepasados, a bajar afligido al infierno, ahí es donde tengo que...

¿Cómo? ¿Qué es lo que has dicho? Un momento, ¿es posible que te conozca de algo? Eh, vuelve...

También al día siguiente por la noche, antes de las doce, fue a donde ella estaba, a la puerta de su habitación, y de nuevo le riñó y se quejó de que cantaba dormida y lo despertaba a él y a todo el mundo. Y también esta vez le preguntó ella si recordaba qué canción había estado cantando, pero él le respondió de mala gana que estaba harto de despertarse por su culpa todas las noches y tener que arrastrarse a lo largo del maldito pasillo; ella se sonrió para sus adentros y le preguntó si realmente tan lejos quedaba su habitación y solo entonces se dio cuenta él de que aquella voz no venía del mismo sitio del que había venido el día anterior y el que lo precedió.

Porque ahora estoy sentada, le explicó, y él indagó con cautela, ¿por qué estás sentada? Porque no he dormido. ¿Pues qué has estado haciendo? He estado aquí sentada

esperándote a ti. Entonces, ¿por qué has cantado? Pero si no he cantado, dijo ella, y él, ah, y ella, que no.

A ambos les pareció que la oscuridad se hacía todavía más intensa. Una nueva oleada de calor, que quizá no tuviera nada que ver con su enfermedad, se extendió por Ora desde los dedos gordos de los pies y le subió encendiéndole unas manchitas rojizas en el cuello y en la cara. Menos mal que estamos a oscuras, pensó, y se ajustó el cuello caído del pijama. Al final él, que estaba a la puerta, carraspeó flojito y dijo, tengo que regresar, y ella le preguntó, ¿pero por qué? Él le dijo que tenía que volver a su habitación, urgentemente, que tenía que revolcarse en brea y plumas, y ella no lo entendió, pero luego sí y se rió de buena gana, ven, bobo, deja ya de hacer teatro, te he preparado una silla aquí a mi lado.

Él avanzó tanteando el marco de la puerta, las taquillas metálicas, las camas, hasta que llegado a un punto se detuvo y se apoyó con los brazos en una cama vacía jadeando sonoramente. Estoy aquí, tosió, y ella, acércate hasta donde yo estoy, y él, un momento, déjame respirar. La oscuridad los llenaba de valor, así que ella dijo muy alto, con su voz de cuando estaba sana, de cuando jugaba a las palas en la arena, su voz de los concursos de natación hasta las balsas en la playa Hof Ha-Sheqet, ¿de qué tienes miedo?, no muerdo, y él murmuró, está bien, de acuerdo, ya me he enterado, es que apenas me tengo, y su tono de queja y el pesado arrastrar de los pies le llegaron a ella al corazón. Somos un poco como una pareja de ancianos, pensó.

¿Pero dónde demonios estás?

Me han puesto al fondo de la habitación.

¡Ayyy!

¿Qué pasa?

Que a una cama se le ha ocurrido de repente... ¡Ayyy!

¿Otra cama?

¡Su puta madre! Dime, ¿los objetos se han confabulado contra mí, o qué?

¿Qué has dicho?

¿Nunca has oído hablar de la ley de la confabulación de los objetos?

¿Y si te acercaras ya de una vez?

La tiritera no cesaba y a ratos se acrecentaba hasta convertirse en unos escalofríos interminables, de manera que cuando hablaban, las frases resultaban entrecortadas y apresuradas y en más de una ocasión tuvieron que esperar a una tregua del temblor, a que se les relajaran un poco los músculos del rostro y de la boca, momento en el que aprovechaban para soltar rápidamente las palabras con una voz potente y tensa, aunque el tartajeo terminaba por pulverizar las oraciones en sus bocas. ¿Cuan-tos-a-ños-tie-nes? Die-ci-séis. ¿Y-tú? Y-tres-me-ses. Yo-ten-go-he-pa-ti-tis, dijo ella, ¿y-tú-qué-tie-nes? ¿Yo?, dijo él, cre-o-que-u-na-in-fec-ción-de-o-va-rios.

Silencio. Respiraba con dificultad: la ver-dad es-que-es-bro-ma. No tiene ninguna gracia, dijo ella. Y él, medio tosiendo: quería hacerla reír, pero el listón de su sentido del humor está bastante más alto. Ella entonces se puso muy tensa y le preguntó con quién hablaba. Con el que me escribe los chistes y las bromas, respondió él, por lo visto tendré que despedirlo. Si no vienes de inmediato a sentarte aquí, lo amenazó ella, me pongo a cantar. Él se estremeció entre risas. Tenía una risa que chirriaba como el rebuzno de un burro, una risa que parecía retroalimentarse, y ella, a escondidas, se tomó esa risa como un medicamento, como un premio.

Él, por su parte, se rió tanto de aquella bromita tonta que ella apenas pudo dominarse y no contarle que últimamente ya no era capaz de hacer reír a la gente como antes, cuando las personas se revolcaban de risa con ella; «en lo tocante a tu sentido del humor, Ora, mejor no preguntes pareceres», le habían cantado sus amigas en la fiesta de Purim de ese año, y eso no era simplemente un pequeño fallo, sino que en ella se trataba ya de un verdadero defecto,

de una nueva tacha que aún podía aumentar y llegar a complicarse, porque notaba que de algún modo aquello estaba relacionado con otras cualidades que también se habían ido embotando en ella durante los últimos años. Como la intuición, por ejemplo. ¿Cómo era posible que una cualidad como esa desapareciera y encima con tantísima rapidez? O la virtud de decir la cosa apropiada en el momento adecuado. Antes la había tenido, pero ahora ya no. O incluso simplemente la agudeza mental, porque antes había tenido muchísima gracia, parecía que de ella brotaran chispas (aunque quizá es que sus amigos no habían encontrado nada que rimara mejor con «Zeres», se dijo para consolarse). O el sentimiento del amor, pensó de repente, quizá también eso tenía que ver con su deterioro general, amar a alguien de verdad, arder de puro amor, como las otras chicas contaban, como en las películas. Y al instante sintió la punzada de Avner, de Avner Feinblatt, su amigo de la academia militar que ahora ya era soldado; en las escaleras entre Pavzner y la calle Yosef le había dicho que, para él, ella era su amiga del alma, aunque ni siquiera entonces la había tocado, ni siquiera una sola vez le había rozado ni un pelo, y puede que también eso estuviera relacionado, el no-haberla-tocado, y en lo más profundo de su corazón a ella le parecía que todo estaba relacionado de alguna manera y que solamente a ella las cosas se le irían revelando poco a poco, que cada vez se le revelaría una pequeña parte más de lo que la esperaba y era posible que las personas que la observaban desde fuera ya lo supieran todo antes que ella, porque en realidad, por todas las señales que se iban acumulando, hasta ella misma podía ya empezar a darse cuenta.

Por un momento pudo verse a la edad de cincuenta años, alta, delgada y ajada, una flor sin aroma, andando con paso largo y rápido, la cabeza gacha y un amplio sombrero de paja cubriéndole el rostro, mientras que el muchacho con la risa de burro seguía abriéndose camino a tientas

hacia ella, acercándose y alejándose, como a propósito, pensó ella sorprendida, como si aquello fuera un juego para él, porque se reía por lo bajo de sí mismo por su torpeza mientras navegaba en círculo por la habitación y de vez en cuando le pedía que dijera algo para orientarlo hacia ella: como si fuera un faro, pero de voz, le explicó. Es un sabelotodo, pensó ella, y también bastante patoso. Hasta que finalmente acabó por llegar hasta la cama de ella, encontró a tientas la silla que le había preparado y se dejó caer en ella jadeando con la pesadez de un viejo. Hasta ella llegaba el olor del sudor de su enfermedad, así que se quitó de encima una de las mantas, se la tendió y él se envolvió en ella y se quedó callado. Los dos estaban agotados, de manera que se acurrucaron temblando entre gemidos, ensimismados.

De todos modos, dijo ella después desde el interior de su manta, tu voz me resulta conocida, ¿de dónde eres? De Jerusalén, respondió. Yo soy de Haifa, dijo ella a su vez, con cierto énfasis, me han traído aquí en ambulancia del hospital Rambam porque se me presentaron complicaciones. Yo también las tengo, se rió él, en realidad toda mi vida es una complicación. Se callaron y él se rascó enérgicamente el vientre y el pecho mientras despotricaba. Ella también rezongó diciéndole: eso es lo más desesperante, ¿a que sí? Y también se rascó, con todas sus fuerzas: a veces me muero por arrancarme la piel entera con tal de que ya no me pique. Cada vez que ella se ponía a hablar, él oía cómo sus labios se separaban al abrirse con el sonido de algo ligeramente viscoso que se despega y entonces notaba, de repente, cómo las puntas de los dedos de las manos y de los pies le palpitaban.

Ora dijo, el conductor de la ambulancia me dijo que en estos momentos necesitan las ambulancias para cosas más importantes. Dime, ¿te has dado cuenta —le preguntó él— de que aquí todos están enfadados con nosotros, como si lo hubiéramos hecho a propósito?, a lo que ella respondió,

porque somos los últimos que quedamos de la epidemia; y él, al que se ha recuperado, aunque solamente sea un poquito, lo han enviado a casa, y sobre todo a los soldados, en un plis plas los han devuelto al ejército, para que lleguen puntuales al frente. Y entonces ella preguntó, ¿es verdad que va a haber guerra?, y él, ¿bromeas?, ¡pero si hace ya por lo menos dos días que hay guerra! ¿Cuándo empezó?, exclamó ella conmovida. Creo que anteayer, pero ya te lo dije ayer o anteayer, no lo recuerdo bien, confundo los días. Ella entonces se quedó en silencio, sorprendida, y luego, es verdad, me lo dijiste... Unos extraños y aterradores coágulos de sueños flotaban ante ella. ¿Cómo no lo has oído?, murmuró él, las sirenas y los cañonazos no paran y he oído aterrizar helicópteros, seguro que ya hay un millón de heridos y muertos. ¿Pero qué es lo que está pasando en esta guerra?, preguntó ella, y él dijo, no lo sé, tampoco hay con quien hablar, nadie está por nosotros, y entonces Ora preguntó, ¿y la enfermera Vicky?, ¿dónde está? Él vaciló, puede que se marchara cuando la guerra empezó, seguro que habrá querido estar con los heridos de verdad, y Ora siguió preguntándole, ¿pues quién se ocupa entonces de nosotros? Y él, ahora solo queda esa árabe delgada y menuda que no deja de llorar, ¿la has oído? A lo que Ora dijo consternada, ¿pero es una persona la que llora? Si pensaba que se trataba de un animal aullando, ¿estás seguro? A lo que él le respondió, es una persona, seguro. Y Ora dijo entonces, ¿pero cómo es posible que yo no la haya visto? Porque viene y se va, recoge los análisis y te deja las pastillas y la comida en la bandeja. Es la única que sigue aquí, noche y día.

Se quedó pensativo chupándose las mejillas por dentro, qué cómico que nos hayan dejado aquí solo a una árabe, ¿no? Seguro que no permiten que los árabes se ocupen de los heridos. Pero Ora no hallaba sosiego, ¿por qué llorará?, ¿qué le pasará? Y él, ¿cómo voy a saberlo yo? Y ella, ¿no se lo has preguntado? Y él, siempre viene cuando estoy dor-

mido, desde que empezó la guerra no la he vuelto a ver. Ora se incorporó, su cuerpo se puso tenso y en medio de un silencio helador dijo, eso es que han conquistado Tel Aviv, que te lo digo yo, seguro que Nasser y Hussein ya se habrán tomado más de una café en Dizzengof. Él se asustó, ¿de dónde te has sacado tú eso? Y ella, lo oí anoche, o puede que hoy, estoy casi segura de ello, quizá lo dijeron por la radio, pero lo he oído, han tomado Beer-Sheva, Ascalón y Tel Aviv. A lo que él dijo, no, no, eso es imposible, será la fiebre, porque, ¿cómo va a haber pasado algo así? Te has vuelto completamente loca, no puede ser que nos venzan. Ya lo creo que puede ser, sí puede ser, mascullaba ella para sus adentros, qué sabrás tú de lo que puede o no puede ser.

Después se despertó de un sueño ligero y buscó con la mirada al muchacho, ¿sigues aquí? ¿Qué? Sí. Ella suspiró. Había nueve chicas aquí conmigo en la habitación y solo he quedado yo, ¿no es para desesperarse? Y el muchacho pensó que le gustaba el hecho de que después de tres noches con ella no supiera su nombre, ni ella el de él; le encantaban esos pequeños misterios. En las radionovelas que escribía y que grababa en un magnetófono de bobinas en su casa y en las que él mismo interpretaba todos los papeles, niños, ancianos, hombres, mujeres, demonios, reyes, ocas y teteras hablantes, entre otros, hasta infinitos personajes; de vez en cuando incluía además triquiñuelas que consistían en seres que aparecían y se esfumaban, personajes que eran creados por la imaginación de los otros personajes, y ahora se divertía intentando adivinar el nombre de ella: ¿Rina? ¿Yael? ¿Liora, quizá? Liora le pega, pensó, porque su sonrisa ilumina la oscuridad.

También en su habitación, la número tres, pasaba lo mismo, le contó él, todos se habían marchado ya, incluidos los soldados, y aunque algunos apenas podían andar, los

habían devuelto a sus unidades, así que ahora solo quedaba con él uno que no era soldado, un chico que casualmente era de su clase y que había llegado hacía dos días con cuarenta y uno y dos décimas sin que consiguieran bajarle la fiebre, por lo que se pasaba el día delirando y hablando consigo mismo... Un momento, lo interrumpió Ora, dime, ¿tú no has estado alguna vez en el centro deportivo del instituto Wingate? ¿No juegas al voleibol, por casualidad? Abram soltó un grito de horror. Ora le preguntó qué había sido aquello. Un grito de horror, respondió Abram. Ora ocultó una sonrisa y puso cara de circunstancias: ¿qué, no hay ningún deporte en el que seas bueno? Abram se quedó pensando un momento, puede que como saco de boxeo sí sea bueno. ¿Pues en qué movimiento juvenil estás?, le preguntó Ora, ya enfadada de verdad, un momento, déjame que lo adivine yo sola, no me parece que pertenezcas a un movimiento obrero, se burló, seguro que eres de los boy scouts o, como mucho, del movimiento unificado. No estoy en ningún movimiento, sonrió él. ¿En ninguno?, le preguntó Ora, negativamente sorprendida, ¿pues qué haces? No me digas, por favor, que tú sí estás en algún movimiento, continuó Abram sonriendo. ¿Y por qué no?, se ofendió Ora. Porque eso lo estropearía todo entre nosotros, dijo él, exagerando un suspiro, ya estaba pensando que tú eras la chica perfecta. ¡Anda ya!, protestó ella, pues para que lo sepas estoy ni más ni menos que en Ha-Majannot Ha-Olim, y entonces él alargó el cuello, redondeó los morros y lanzó un largo aullido perruno que rompía el corazón dirigido hacia el techo de la habitación: lo que me has contado es espantoso, dijo, así que lo único que espero ya es que la investigación médica consiga encontrar cuanto antes remedio para tu sufrimiento. El pie de ella golpeaba el suelo muy deprisa y le parecía que Abram bailoteaba frenéticamente a su alrededor y que en cualquier momento asomaría inesperadamente para pincharla, así que se fue ruborizando cada vez más, aunque no estaba dispuesta a